

## 12. 1. Sarmiento y sus otros

Un libro que tiene la estructura de un espejismo. Sarmiento pone en el desierto las imágenes de lo que quiere ver: ciudades europeas, caravanas, hordas beduinas, masas en fusión, la sombra de Macbeth. Construye una interpretación que dura hasta hoy, podríamos llamarla la mirada extralocal (Borges tiene mucho de eso): lo real es falso, hay que construir una copia verdadera. Lo notable es que este libro ha logrado imponer esa duplicación como construcción histórica [...]. Lo genial en la escritura del libro es que logra hacer pasar los juicios de valor por juicios de hecho. Sarmiento nos da la realidad bajo su forma juzgada.

Ricardo Piglia

TEXTO DE APOYO nº 1: Andrea Pagni: "Facundo y los saberes de la barbarie", *Revista 21*, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar - Pontificia Universidad Javeriana (Colombia), 1996.

Disponible en:

<http://www.javeriana.edu.co/pensar/Rev21.html>

- 1- Relaciona la historia textual y editorial de *Facundo* con la tensión entre lo local y lo universal que recorre el siglo XIX latinoamericano.
- 2- Presta especial atención a cómo Pagni reformula la oposición entre civilización y barbarie:

Se ha afianzado esa otra lectura, cuyo postulado básico es que Sarmiento retoma la oposición ideológica europea, pero no puede sino transformarla porque su realidad y su lugar de enunciación respecto de esa fórmula, son otros. Esa es la lectura que me interesa.

- 3- No es la primera vez que leemos que un autor se inserta en una tradición "de una manera oblicua", según palabras de Pagni. ¿A cuáles nos referimos?
- 4- Igualmente la siguiente estrategia:

La genialidad de Sarmiento consiste en aceptar una parte del juego, en asumir ese lugar de la inferioridad y construir desde él un discurso doble: discurso de la civilización de las ciudades respecto de la barbarie de las campañas, pero discurso de la barbarie americana respecto de la civilización europea.

Desde el centro de la civilización que produce los originales y se identifica a través de ellos, este uso irrespetuoso de los modelos puede leerse como producto de un saber deficiente, como ignorancia: otra de las deficiencias americanas respecto de Europa.

- 5- "¿Quién es el otro de Sarmiento?", se pregunta Pagni. ¿En qué sentido?
- 6- ¿Podríamos considerar a Sarmiento un "traductor"?
- 7- Comenta el siguiente fragmento:

Si Sarmiento está en condiciones de ejecutar ese doble trabajo de incorporación e integración de la cita culta y del habla popular, ello se debe también a que su relación con el mundo letrado de su tiempo es compleja. Sarmiento no tiene una formación académica, no accede al mundo de los libros a través de estudios universitarios, como Alberdi o Echeverría. También por eso hace alarde de sus lecturas o su conocimiento de lenguas extranjeras, pero por eso mismo, por esa posición intermedia que ocupa, no quiere renunciar a lo que queda fuera de la letra, sino constituirse en una instancia de mediación.

## 1. Los umbrales inestables del Facundo

Cuando apareció por entregas en *El Progreso* en Santiago de Chile, entre mayo y junio de 1845, el texto de Sarmiento llevaba por título simplemente *Facundo*. Su edición en el folletín respondía a la circunstancia concreta de la llegada de Baldomero García, enviado de Rosas que venía a protestar por la campaña antirrosista de los exiliados argentinos en Chile, en especial Sarmiento. La primera edición en volumen, de julio del mismo año, aparecida también en Santiago en la Imprenta del Progreso, tenía un título más explicativo: *Civilización i barbarie... Vida de Juan Facundo Quiroga. Aspecto físico, costumbres i ábitos de la República Argentina*, tres sintagmas claramente diferenciados y jerarquizados: el filosófico, el biográfico que envía a la narración y el geotnográfico que remite a la descripción, como una triple guía de lectura. Se trataba de difundir el texto más allá de las fronteras de la capital chilena, de crearle un público un público americano pero también un público europeo. La segunda edición, de 1851, Imprenta de Julio Belin, también en Santiago, incluía a continuación la biografía de Aldao, otro caudillo, y omitía "Civilización i barbarie": *Vida de Facundo Quiroga i aspecto físico costumbres i hábitos de la República Argentina seguida de Apuntes biográficos sobre el general Frai Felix Aldao*. Pero las dos ediciones subsiguientes, de Nueva York (1868) y París (1874) coinciden en un título algo diferente: *Facundo o Civilización i barbarie en las Pampas Argentinas*. Ha desaparecido el apellido, que individualiza al protagonista, y el solo nombre remite, generalizando y ficcionalizando a un tiempo, a un tipo, representativo ahora de "las pampas argentinas", no más de la República. Se respone, además, la fórmula inestable de "civilización y barbarie", que envía, para lectores extranjeros, a un discurso conocido, pero ya no vinculándolo directamente con la "República Argentina", un estado que entretanto se ha dado una constitución y tiene como flamante presidente al mismo Sarmiento. La denominación más inorgánica y exótica de "las pampas argentinas" alude a estereotipos transmitidos por los viajeros europeos, se sitúa en el marco de un discurso conocido por un público amplio. Por un lado, la fatalidad geográfica queda acotada; por el otro, Sarmiento pone en funcionamiento desde el umbral del texto las expectativas de los lectores de viajes.

Los distintos títulos articulan, pues, intenciones vinculadas con públicos diferentes en diferentes situaciones, lugares y momentos. Esa variabilidad o inestabilidad del título también tiene que ver con la heterogeneidad discursiva del *Facundo*, que permite leerlo como una biografía más o menos ficcionalizada, como un ensayo historiográfico, como un estudio autoetnográfico, o como un tratado de filosofía de la historia aplicada.

Además del título, *Facundo* viene rodeado de una serie de textos adicionales igualmente inestables: una "Advertencia del autor", que sólo aparece en la primera edición de 1845, en la que Sarmiento pide disculpas por las "inexactitudes" en un "trabajo hecho de prisa", "lejos del teatro de los acontecimientos" y sobre "un asunto de que no se había escrito nada hasta el presente". Como no corregirá esas inexactitudes, ni volverá a redactar la "obrita", omite la advertencia en ediciones posteriores. A continuación aparece un epígrafe atribuido a Fortoul, su versión libre por Sarmiento, y un breve comentario autobiográfico de carácter anecdótico vinculado con ese epígrafe y con la escritura del *Facundo*. La segunda edición, de 1851 suprime los

epígrafes y deja el comentario con el nombre de "Prólogo", la de 1868 suprime incluso ese comentario. Sigue una "Introducción", que ocupa la primera entrega del folletín y parte de la segunda, en la que a continuación se inicia, con el título de "Facundo", el Capítulo Primero ("Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra"). Solamente en la segunda edición, de 1851, aparece entre la *Introducción* y el *Capítulo Primero*, una carta dedicatoria dirigida a Valentín Alsina, en la que Sarmiento comenta la recepción de su "ensayo" en la Argentina y la intención que lo llevó a escribirlo. Esta dedicatoria desaparece en la tercera edición.

## 2. La doble mirada

¿Por qué tantos textos preliminares y tantas variaciones? Cada uno tiene alguna función específica, responde a una estrategia particular en el momento de la publicación, pero el conjunto, y su inestabilidad, dan cuenta de que Sarmiento necesitaba armar, en el umbral de la lectura, una guía, una orientación para públicos diferentes. Por un lado, un público americano que él no sabía todavía qué conformación podía llegar a tener; el público al que *Facundo* apunta no es sólo la escasa comunidad de los letrados, es un público más amplio, casi de carácter masivo que no existía aún (ver Halperín Donghi 1988): *Facundo* va creando su propio público. A ese efecto alude Sarmiento en su carta dedicatoria a Alsina, cuando escribe, con la ostentosa falsa modestia que lo caracteriza:

*"Tal como él era, mi pobre librito ha tenido la fortuna de hallar en aquella tierra, cerrada a la verdad y a la discusión, lectores apasionados, y de mano en mano deslizándose furtivamente, guardado en algún secreto escondite para hacer alto en sus peregrinaciones, emprender largos viajes, y ejemplares por centenares llegar ajados y despachurrados, de puro leídos, hasta Buenos Aires a las oficinas del pobre tirano, a los campamentos del soldado y a la cabaña del gaucho hasta hacerse él mismo en las hablillas populares un mito como su héroe". (F 51)*

Lo que Sarmiento está valorando aquí, es una forma de recepción: la inserción del *Facundo* en el conjunto de las tradiciones populares. Con esta pretensión explícita de ir creando un público que no es solamente letrado y culto, Sarmiento está contribuyendo a la construcción de un imaginario nacional en que la letra escrita se mezcla con la tradición oral. Eso por un lado; por el lado de adentro, digamos. Por otro, la ambición de Sarmiento va más allá:

*Hay una justicia ejemplar que hacer y una gloria que adquirir co-mo escritor argentino: fustigar al mundo y humillar la soberbia de los grandes de la tierra [...]. (F 54)*

No se trata sólo de crear un público argentino y americano, sino también europeo. El lugar del escritor argentino se define en el *Facundo* en base a dos coordenadas, una interna, argentina, y otra externa, europea (ver Piglia 1994: 129s.). Se trata de que "un pobre narrador americano se presentase ante ellos [los políticos y escritores franceses e ingleses, los más conspicuos representantes de la civilización que han pactado con Rosas: Palmerston y Guizot, Luis Felipe y Luis Napoleón] con un libro para mostrar-les" que se han equivocado (en la carta a Valentín Alsina, 52ss.); para decirles que no siempre la culta Europa está en posesión de la verdad (2). Además de la circunstancia concreta que apuró la publicación, además de los "propósitos de acción

inmediata y militante" (F 51) respecto de la Argentina de 1845, Sarmiento dice haber escrito guiado por intenciones menos inmediatas, pero no menos militantes, respecto de Europa. Sobre esta doble perspectiva habrá que volver una y otra vez, inevitablemente.

### **3. Más que una cuestión de coordinantes**

El lugar común que definía a Sarmiento como defensor y representante de la civilización europea afincada en las ciudades argentinas, sobre todo en Buenos Aires, contra la barbarie americana de las campañas pastoras, ha sido revisado y cuestionado de raíz desde hará unos quince años, por parte de un grupo de intelectuales argentinos de izquierda en el marco de una revisión crítica del ideograma de la dependencia cultural que en los años sesenta había condenado sin apelación por su "cosmopolitismo" a muchos escritores argentinos, desde Sarmiento hasta Borges. Quizás el punto de partida de esa relectura de Sarmiento lo constituyeron, a partir de las bases que sentaron los estudios de Noé Jitrik (1968 y 1977), las "Notas sobre el Facundo", de Ricardo Piglia (1980) y algunos trabajos de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano (sobre todo 1983b). Sin embargo, todavía en 1977 Roberto Fernández Retamar afirmaba sobre la fórmula de "civilización y barbarie": "de hecho, Sarmiento no hace sino trasladar punto por punto a nuestras tierras la correspondiente fórmula metropolitana." (35) Entretanto se ha afianzado esa otra lectura, cuyo postulado básico es que Sarmiento retoma la oposición ideológica europea, pero no puede sino transformarla porque su realidad y su lugar de enunciación respecto de esa fórmula, son otros. Esa es la lectura que me interesa.

Un detalle, que parece mínimo: Sarmiento escribe civilización i barbarie, una ortografía que se mantendrá a lo largo de todas las ediciones del siglo XIX. Es coherente en eso con su propuesta de reforma ortográfica del castellano, que privilegia la fonética y la oralidad por encima de la etimología y la escritura. En el paradigma de civilización y barbarie, la escritura está del lado de la civilización, pero la oralidad que Sarmiento quiere ver representada en la letra escrita, está del lado de la barbarie: escribir como se habla. Sarmiento usa, podríamos decir, una ortografía bárbara; inscribe la voz, la oralidad, en la letra. Es decir que en el título hay, de entrada, un error o dos para quien lo lea ortodoxamente en español. Pero esa "i" está subrayando, además, que la relación entre ambos términos del sintagma no es disyuntiva, sino copulativa (Piglia 1994:134; ver también Viñas 1982:73, aunque con otro acento). Quiero decir: desde ese umbral privilegiado que es el título, "Civilización i barbarie" remite a un paradigma discursivo de origen iluminista, como para insertarse expresamente en esa tradición, pero lo hace de una manera oblicua.

### **4. Ideas fuera de lugar**

El doble paradigma que opone civilización vs. barbarie se complica cuando es asumido en Hispanoamérica por quienes no detentan la autoridad discursiva que originó esa oposición, porque son justamente sus otros. La fórmula de "civilización vs. barbarie" pasa a ser un conjunto de ideas fuera de lugar (Schwarz), ideas enunciadas en el lugar asignado por la autoridad discursiva europea a la barbarie. La regla, entretanto lo sabemos, es general: en el momento en que el sujeto de enunciación cambia, en que cambia el lugar de enunciación, ya no puede decirse lo mismo, tampoco como mera repetición. En

ese sentido, la copia no existe, no existe la imitación como reflejo opaco de un brillo original. Organizar ese lugar de enunciación diferente es una de las genialidades de Sarmiento. Él puede definirse como civilizado respecto de los caudillos; pero sabe bien que el discurso europeo lo define como hispanoamericano, y esto es: como bárbaro, que no está a la altura del discurso central en el que se originan las significaciones y se definen las verdades. La genialidad de Sarmiento consiste en aceptar una parte del juego, en asumir ese lugar de la inferioridad y construir desde él un discurso doble: discurso de la civilización de las ciudades respecto de la barbarie de las campañas, pero discurso de la barbarie americana respecto de la civilización europea. Es lo que Echeverría había enunciado con clarividencia: "tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad" (Echeverría, 1991). Quiero leer el Facundo teniendo siempre en cuenta esa doble mirada.

Lo que más me interesa del discurso de Sarmiento no es el malentendido que lo ha hecho famoso, la dicotomía de civilización vs. barbarie, sino los cruces que disuelven las líneas claras del binarismo. De lo que se trataría entonces, es de buscar esos cruces y esos borramientos. ¿Qué pasa cuando el lugar de enunciación del paradigma de "civilización vs. barbarie" es trasladado a América? ¿Cuando los que han sido identificados como bárbaros, toman la palabra? Y toman, concretamente, la palabra "civilización" en esa zona intermedia de enunciación, en ese lugar entre la "civilización europea" y la "barbarie americana" que el paradigma no prevé en las ciudades americanas, incluso en las ciudades de provincia? El paradigma se refracta; el contexto nuevo funciona en su conjunto como una matriz de traducción (Sarlo y Altamirano 1983b) que rompe el binarismo y revela que esos universales son menos universales de lo que parecen. La palabra "civilización", enunciada por un sujeto no autorizado por el discurso que la produjo, deja de funcionar como lo hacía en el original europeo. Por eso a Sarmiento lo exaspera la reacción de Guizot ante los conflictos internos argentinos: porque él está esperando que Guizot tome partido por la civilización, también en América (F 43); pero para Guizot, en América no hay realmente civilización, sólo partidos y rencillas internas en una sociedad bárbara, y no vale la pena inmiscuirse en esos asuntos menores (F 43).

Un ejemplo de ese uso oblicuo de los "universales" de la cultura europea, y de la lectura de las citas en ese sentido, lo proporcionan el epígrafe con que Sarmiento abre el Facundo y su interpretación por Ricardo Piglia (1980) "On ne tue point les idées. FORTOUL" y su adaptación para uso nacional por Sarmiento: "A los hombres se degüella, a las ideas no". Comenta Piglia: "La traducción funciona como trasplante y como apropiación [...]. Pero a la vez ese manejo `lujoso' de la cultura como signo de la civilización está corroído, desde su interior, por la barbarie" (16s.), porque la cita es falsa, la atribución errónea. Ese detalle, que ha hecho correr tanta tinta filológica, a Sarmiento parece tenerlo sin cuidado. Del mismo modo, tampoco le preocupa citar a Shakespeare en francés. Desde el centro de la civilización que produce los originales y se identifica a través de ellos, este uso irrespetuoso de los modelos puede leerse como producto de un saber deficiente, como ignorancia: otra de las deficiencias americanas respecto de Europa. Puesto que se cita, ya que se cita, lo menos que se debe es citar bien. Sin embargo, también se puede leer la



atribución errónea, la cita de segunda o tercera mano al modo de Piglia: como parte de un procedimiento de lectura *sui generis*, que no respeta las reglas. No quiero dar por sentado que se trate de un procedimiento paródico consciente; son muchos los aspectos a tener en cuenta, y entre ellos uno fundamental es el limitado acceso que podían tener los letrados hispanoamericanos del siglo XIX en América a los textos europeos. Es decir que el no atenerse a las jerarquías de la cultura culta podía ser en ese momento el resultado de una circunstancia específica; con el tiempo se convertiría en un modo propio de leer desde el margen.

#### **4. Los distintos otros de Sarmiento**

Habladas en América, la civilización y la barbarie se confunden, sus límites se vuelven borrosos, las oposiciones pierden claridad: en su versión americana la fórmula no es disyuntiva, sino copulativa. Porque ¿quién es el otro de Sarmiento? Por un lado Quiroga, más aún Rosas, los caudillos que representan las fuerzas más desorganizadoras y poderosas de la barbarie americana, o en la sinécdoque en torno a la que gira el relato organizado sobre la cita falsa, los enviados de Rosas que no pueden descifrar un texto escrito en francés. Pero el otro es también la civilización europea, una cultura que no se domina, un saber que no se produce, que se tiene de segunda mano. ¿Quién escribió "on ne tue point les idées"? ¿For-toul, Volney, Diderot? ¿Cómo es exactamente el texto?

De ese no-saber, Sarmiento hace una virtud. Porque si frente a Quiroga se define civilizado, frente a los europeos se presenta con las credenciales de la barbarie. Así dirá en el prólogo a sus *Viajes*: "Nuestra percepción está aun embotada, mal despejado el juicio, rudo el sentimiento de lo bello, e incompletas nuestras nociones sobre la historia, la política, la filosofía i bellas letras de aquellos pueblos". Asume, aparentemente por lo menos, la imagen propuesta por los europeos para los americanos. Y agrega, refiriéndose a su propio libro de viajes: "He escrito, pues, lo que he escrito, porque no sabría cómo clasificarlo de otro modo, obedeciendo a instintos i a impulsos que vienen de adentro, i que a veces la razón misma no es parte a refrenar." (4s.). Hacer de la barbarie (instintos, impulsos) un estilo es una táctica de posicionamiento del escritor argentino en el campo cultural europeo, y hacer de la barbarie un estilo es empezar a construir un campo literario hispanoamericano o más precisamente argentino. Si los viajeros europeos escriben la barbarie desde la perspectiva y en el modo de la civilización, dice Sarmiento, escribamos nosotros desde la perspectiva, en el modo y con los saberes de la barbarie.

Como parte de ese gesto que busca legitimar la escritura propia y marginal recurriendo a textos europeos, Sarmiento inscribe en el Facundo los nombres de toda una serie de autoridades en materia de viajes: los ingleses Head y Andrews, que recorrieron la Argentina en el primer tercio del siglo, pero también Humboldt y MalteBrun. Al traducirlos, citarlos, plagiarlos o generarles atribuciones erróneas, Sarmiento los pone a funcionar como autoridades por el capital simbólico que poseen, no por el valor de precisión referencial que puedan ofrecer sus observaciones.

#### **5. Lo que le haría falta a Tocqueville**

Pero además Sarmiento contrapone los textos autorizados del saber europeo de los viajeros al saber no autorizado de las "ciencias caseras" del rastreador o

del baqueano; sin ellos, sin ese saber propio de la barbarie, el viajero europeo está perdido. Es cierto que en un párrafo muy famoso Sarmiento dice que a la Argentina le haría falta

*"un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser que no tiene ante-ce-den-tes bien marcados y conocidos". (F 40)*

Sarmiento espacializa el campo político y hace del investigador un viajero que lo recorre munido del aparato (teórico) necesario. Se ha dicho más de una vez que el Facundo es justamente la realización de ese viaje por los territorios de la vida política argentina. Pero Sarmiento no es un Tocqueville, y yo diría que no quiere serlo. Porque al viajero científico, con sus barómetros, octantes y brújulas le falta el saber del baqueano, "el topógrafo más completo, [...] el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña" (F 85). Y quien quiera revelar el enigma de la Argentina, deberá conocer la "ciencia casera y popular" (F 82) del rastreador y su "poder microscópico" (F 85). En otras palabras, si a la Argentina le haría falta un Tocqueville, a Tocqueville le haría falta un Sarmiento para entender lo que pasa en la Argentina. Porque Sarmiento no quiere explorar los territorios de la barbarie solamente con los instrumentos de la ciencia y el aparato teórico de la civilización, sino que quiere revelar lo que la mirada europea, con sus octantes, sus brújulas, sus barómetros y sus teorías no puede o se resiste a ver: la dimensión política, histórica de América, no su naturaleza. No la barbarie como lo otro de la civilización, sino la tensión entre civilización y barbarie. Y, tal la implicación que vertebra el texto, esa dimensión política requiere, para ser entendida, más que las teorías sociales de que podría venir munido, en el mejor de los casos, un Tocqueville. Requiere no sólo un dominio de los saberes de la civilización, sino también de los saberes de la barbarie, esos "saberes que no se encuadran en el paradigma escritural de la modernidad" (Ford 1994, 69). La clave está en la mezcla.

## **6. Los saberes de la barbarie**

De los "caracteres argentinos" del Capítulo II, en realidad Sarmiento sólo habría necesitado para la biografía de Facundo que sigue, al gaucho malo. Sólo a éste volverá una y otra vez a lo largo de su exposición, no al rastreador, ni al baqueano, ni al cantor. Sin embargo estas tres figuras son fundamentales, porque remiten justamente al saber de la barbarie con el que escribe Sarmiento para explicar el pasado inmediato de la Argentina, para resolver el enigma, como dice: encontrar las huellas como el rastreador, transitar los caminos que llevan a la meta deseada como el baqueano, cantar "la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que le cupo a Santos Pérez" (F 91) como el gaucho cantor, hacer ese "trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía" (F 91) y formular la respuesta que dará la clave.

En más de una ocasión Sarmiento desautoriza el discurso europeo en lo que se refiere a cuestiones políticas americanas, que sólo serían accesibles a quienes tienen el saber táctico de los detalles y no solamente el saber



estratégico de la teoría:

*"Doy tanta importancia a estos pormenores, porque ellos servirán a explicar todos nuestros fenómenos sociales, y la revolución que se ha estado obrando en la República Argentina; revolución que está desfigurada por palabras del diccionario civil, que la disfrazan y ocultan creando ideas erróneas; de la misma manera que los españoles, al desembarcar en América, daban un nombre europeo conocido a un animal nuevo que encontraban [...] (F 103, subrayado mío)*

Así las teorías sociales no alcanzan, tampoco, para dar cuenta de la figura de Bolívar:

*En la Enciclopedia Nueva he leído un brillante trabajo sobre el general Bolívar, en que se hace a aquel caudillo americano toda la justicia que merece por sus talentos, por su genio; pero en esta biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, los mariscales del Imperio, un Napoleón menos colosal; pero no he visto el caudillo americano, el jefe de un levantamiento de las masas; veo el remedo de la Europa y nada que me revele la América. Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio. ¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja a cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Es que las preocupaciones clásicas europeas del escritor desfiguran al héroe, a quien quitan el poncho para presentarlo desde el primer día con el frac, ni más ni menos como los litógrafos de Buenos Aires han pintado a Facundo con casaca de solapas, creyendo impropia su chaqueta que nunca abandonó. Bien; han hecho un general, pero Facundo desaparece.[...] Bolívar, el verdadero Bolívar no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún. (F, 48ss.)*

Hay una admiración, una fascinación en estas líneas que nombran en un mismo aliento a Facundo y a Bolívar y contraponen un saber americano, un "idioma natal" que los europeos ignoran, a los saberes europeos, que no alcanzan para revelar a América, para narrar su historia y explicarla, porque sólo pueden ver el "remedo" de lo propio. Sarmiento se propone corregirlos.

## 7. La voz del otro

Pero la intertextualidad del Facundo, con todo el sistema de citas, de epígrafes, de plagios literarios, abarca no sólo la dimensión de la letra, sino también la de la oralidad. Sarmiento usa las estrategias retóricas de los viajeros, pero compite con ellos aduciendo la posesión de un saber diferente, de un plus: sabe más que los viajeros europeos, porque conoce y tiene acceso a la voz del otro. No bastan las teorías de un Tocqueville, está diciendo Sarmiento a lo largo de todo el Facundo.

Julio Ramos (1988) ha estudiado justamente los usos de la oralidad en el Facundo. En el relato de la historia que elabora Sarmiento, dice Ramos, "los `bárbaros´ llegan al poder por el error de la civilización, de la ciudad, que había pretendido importar los modelos europeos sin tomar en cuenta la realidad particular la barbarie del mundo donde esos discursos debían operar" (558). La cita que aduce Ramos:

*En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas*

*en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la edad media; otra que sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea: el siglo XIX y el XII viven juntos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.*  
(F 91)

Si de lo que se trataba era de controlar el caos que con la irrupción del caudillismo había interrumpido según Sarmiento el proceso de unificación nacional, ese reordenamiento no podía hacerse cometiendo los mismos errores que Sarmiento y la Generación del 37 le reprochaban a Rivadavia. ¿Cómo incluir en la imagen de un Sarmiento admirador de Europa y que desprecia la barbarie americana reflexiones como la siguiente?

Esta miseria, que ya va desapareciendo, y que es un accidente de las campañas pastoras, motivó sin duda las palabras que el despecho y la humillación de las armas inglesas arrancaron a Walter Scott:

*Las vastas llanuras de Buenos Aires dicen, no están pobladas sino por cristianos salvajes, conocidos bajo el nombre de Guachos (por Gauchos), cuyo principal amueblado consiste en cráneos de caballos, cuyo alimento es carne cruda y agua, y cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas. Desgraciadamente, añade el buen gringo, prefirieron su independencia nacional, a nuestros algodones y muselinas. ¡Sería bueno proponerle a la Inglaterra por ver no más, cuántas varas de lienzo y cuántas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires!* (F 64s.)

Para Sarmiento, otra vez, la nación argentina no se define por el triunfo de la civilización sobre la barbarie, o al revés, sino por la complementariedad de ambas:

*Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos les echan en cara esa vanidad, y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia. Creo que el cargo no es del todo infundado, y no me pesa de ello. ¡Ay del pueblo que no tiene fe en sí mismo! ¡Para ése no se han hecho las grandes cosas! ¿Cuánto no habrá podido contribuir a la independencia de una parte de la América la arrogancia de estos gauchos argentinos que nada han visto bajo el sol, mejor que ellos, ni el hombre sabio, ni el poderoso?* (F 72s.)

De lo que se trata es no de alienar, sino de incorporar a ese otro que es el gaucho, y un primer paso consiste en representar la barbarie a través de las palabras del otro, "lo que el saber europeo (o sus importadores) desconocían" (Ramos, 559). Si la doble mirada de Sarmiento hace del Facundo un depósito de citas cultas descentradas, también lo convierte en "un gran depósito de voces, relatos orales, anécdotas, cuentos de otros, que Sarmiento `transcribe´ y acomoda en su representación de la barbarie" (563). Ramos registra distintos modos de representación del discurso del otro en el Facundo: la incorporación de la palabra campesina en bastardilla, los resabios de oralidad en los relatos organizados por la letra que subordina la *vox populi* siempre a su propia autoridad (564ss.). Sarmiento escribe el Facundo guiado también por la intención de ordenar la realidad argentina que hasta entonces no había sido organizada por la letra. Porque justamente es la letra la que en América

aparece para ordenar, como subrayara Rama.

Si Sarmiento está en condiciones de ejecutar ese doble trabajo de incorporación e integración de la cita culta y del habla popular, ello se debe también a que su relación con el mundo letrado de su tiempo es compleja. Sarmiento no tiene una formación académica, no accede al mundo de los libros a través de estudios universitarios, como Alberdi o Echeverría. También por eso hace alarde de sus lecturas o su conocimiento de lenguas extranjeras, pero por eso mismo, por esa posición intermedia que ocupa, no quiere renunciar a lo que queda fuera de la letra, sino constituirse en una instancia de mediación. Como frente a Tocqueville, también frente a Alberdi Sarmiento quiere hacer valer los derechos de la barbarie. La consciencia de esa marginación, que lo llevará a escribir Recuerdos de provincia, está también en los orígenes del Facundo, como lo señala Halperín Donghi (1988).

Que Sarmiento valoraba especialmente ese mundo de las tradiciones populares, lo documenta también el relato sobre la recepción del Facundo en la carta dedicatoria a Alsina al que me referí al comienzo: "En las habillitas populares", dice Sarmiento, su libro se ha hecho "un mito como su héroe" (F 51), subrayado mío). El movimiento es doble: la voz popular es ordenada e integrada en la letra, y la letra se convierte a su vez en voz popular.

La heterogeneidad discursiva del Facundo tiene que ver seguramente con el hecho de que Sarmiento escribía con la mirada puesta en públicos muy dispares. Además de la intención antirrosista en el texto del exiliado, cuyo lector implícito es el adversario político con todos los matices que van desde "el pobre tirano" (F 51) hasta sus milicias y seguidores; además de tener en vista a los políticos europeos para mostrarles que se equivocaban, Sarmiento escribía para que lo leyera un público argentino más amplio y menos definido, un público que no existía aún y que había que crear. Pero que el Facundo llegara a competir en la memoria del pueblo con la figura de Facundo, como Sarmiento lo está sugiriendo con orgullo y no sin exageración en esa carta, esa debió ser una de sus apuestas más altas.